

# El día eterno

## J.G. Ballard

EN COLUMBINE SEPT HEURES la luz era siempre crepuscular. Allí la hermosa vecina de Halliday, Ga-brielle Szabo, se paseaba toda la noche, levantando con el vestido de seda unas finas nubes de arena de color cereza. Desde el balcón del hotel vacío, cerca de la colonia de artistas, Halliday miraba por encima del río seco las sombras inmóviles en el suelo del desierto, el crepúsculo africano, infinito y continuo, que lo llamaba prometiéndole el cumplimiento de unos sueños perdidos. Las dunas oscuras, tocadas las crestas por la luz espectral, se alejaban como olas de un mar de medianoche.

A pesar de la luz casi estática, inmovilizada en este crepúsculo interminable, el lecho del río parecía colmado de colores. Cuando la arena bajaba deslizándose en las orillas, descubriendo las vetas de cuarzo y las compuertas de hormigón del dique, la noche se encendía brevemente, iluminada desde dentro como un mar de lava. Las puntas de las viejas torres del agua y los bloques inconclusos de viviendas asomaban de pronto en la oscuridad, más allá de las dunas, cerca de las ruinas romanas de Leptis Magna. Hacia el sur, siguiendo el curso sinuoso del río, se extendía el añil intenso de los conductos de la planta de irrigación, donde las líneas de los canales se entrecruzaban como un delicado enrejado de huesos.

Halliday pensó que esta transformación continua, tan rara de color como los extraños cuadros que adornaban el cuarto del hotel, revelaba las perspectivas ocultas del paisaje, y del tiempo, de manecillas casi congeladas en una docena de relojes sobre la repisa y las mesas. Halliday había traído consigo aquellos relojes a África del Norte con la esperanza de que allí, en el cero psíquico del desierto, se animasen repentinamente. Los relojes muertos, que lo miraban desde las torres municipales y los hoteles de los pueblos abandonados, eran la única flora desértica, las insólitas llaves que le abrirían las puertas de los sueños.

Con esta esperanza había llegado tres meses antes a Columbine Sept Heures. El sufijo, que se agregaba a los nombres de todas las ciudades y pueblos —Londres 6 P.M., Saigón Medianoche—, indicaba las posiciones respectivas en el perímetro casi estacionario de la Tierra, la hora del día eterno en que habían quedado cuando el planeta dejó de existir. Halliday había vivido cinco años en la colonia internacional de Trond-heim, en Noruega, una zona de nieves eternas, donde los pinos, alimentados por el sol inmóvil, crecían más y más, aislando las ciudades. Este mundo de nórdica tristeza había sacado a luz todos los problemas latentes de Halliday en relación con el tiempo y los sueños. La dificultad de dormir, hasta en un cuarto oscurecido, inquietaba a todos —se tenía la impresión de estar perdiendo el tiempo perdido y a la vez de que el tiempo no pasaba, pues allí estaba el sol, estacionario en el cielo—, y Halliday en particular se sentía obsesionado por los sueños interrumpidos. Muchas veces despertaba con una imagen ante los ojos: plazas iluminadas por la luna y fachadas clásicas de un viejo pueblo mediterráneo, y una mujer que caminaba entre columnas en un mundo sin sombras.

Este cálido mundo nocturno lo encontraría sólo trasladándose al sur. A trescientos kilómetros al este de Trondheim, la línea de crepúsculo era un corredor glacial de viento y nieve que se extendía hasta la estepa rusa, donde las ciudades abandonadas

yacían bajo los glaciares como joyas inaccesibles. En cambio, el aire nocturno del África era todavía cálido.

Al oeste de la línea de crepúsculo comenzaba el hirviente desierto del Sahara, con los mares de arena fundidos en lagos de vidrio, pero a lo largo de una estrecha franja, en el límite de la luz, aún vivían unas pocas personas, en las viejas ciudades turísticas.

Fue aquí, en Columbine Sept Heures, un pueblo abandonado a orillas del río seco, a ocho kilómetros de Leptis Magna, donde Halliday vio por primera vez a Gabrielle Szabo; se acercaba caminando como si acabara de salir de los propios sueños de Halliday. Allí había conocido también a Leonora Sully, la indiferente y maniática pintora de extrañas fantasías, y al doctor Richard Mallory, que trató de ayudarlo y devolverle el mundo de los sueños.

Halliday podía entender por qué Leonora estaba en Columbine Sept Heures, pero a veces sospechaba que los motivos del doctor Mallory eran también muy ambiguos. El médico, un hombre alto y retraído, los ojos siempre ocultos detrás de los lentes oscuros que parecían acentuar una cerrada vida interior, se pasaba la mayor parte del tiempo sentado en el auditorio de cúpula blanca de la Escuela de Bellas Artes, escuchando los cuartetos de Bartok y de Webern que quedaban en los álbumes.

Esta música fue el primer sonido que oyó Halliday cuando llegó a la ciudad del desierto. En un parque de estacionamiento abandonado, cerca del muelle de Trípoli, encontró un Peugeot nuevo que había dejado un técnico francés de la refinería, y partió hacia el sur siguiendo la línea de las siete, cruzando pueblos polvorientos y plateados esqueletos de refinerías enterradas a medias cerca del río seco. Hacia el oeste, el desierto ardía en una bruma dorada bajo el sol inmóvil. Rizadas por las ondas térmicas, las paletas de metal de las ruedas hidráulicas, junto a los vacíos sistemas de irrigación, parecían girar en el aire cálido, acercándose a Halliday.

Hacia el este, las márgenes del río se destacaban contra el horizonte oscuro, y los costurones de piedra caliza eran como el proscenio del mundo crepuscular. Halliday dobló hacia el río; la luz se apagaba a medida que se movía hacia el este, y siguió el viejo camino de balasto que corría cerca de la orilla. El centro del canal, de donde sobresalían unas rocas blancas entre los montones de guijarros, yacía como el espínazo de un saurio antiguo.

A unos pocos kilómetros de la costa, Halliday encontró Columbine Sept Heures. Entre las dunas que cubrían las calles, invadiendo los chalets y las piscinas, cerca de la Escuela de Bellas Artes, se alzaban cuatro hoteles de turismo, con paredes que parecían espejos muertos. El camino se perdía de vista más allá del Oasis Hotel. Halliday salió del coche y subió por los escalones hasta el polvoriento salón de entrada. La arena cubría el suelo de baldosas como un tejido de encaje, y se acumulaba contra las puertas color pastel del ascensor y las palmeras muertas junto al restaurante.

Halliday subió por la escalera hasta el entresuelo, y se detuvo junto a la resquebrajada ventana de vidrio laminado, más allá de las mesas. Los vidrios parecían desplazar lo que quedaba del pueblo, ya hundido a medias en la arena, a otra serie de dimensiones, como si el mismo espacio se hubiese retorcido de un modo grotesco, compensando así la pérdida de tiempo del paisaje.

Ya decidido a quedarse en el hotel, Halliday salió a buscar agua y comestibles. Las calles estaban desiertas, obstruidas por la arena que avanzaba hacia el río seco. De

vez en cuando asomaban entre las dunas las ventanas empañadas de un Citroen o de un Peugeot. Caminando por los techos de los coches, Halliday entró en la calle de la Escuela de Bellas Artes. El edificio angular se alzaba en el aire como un ave blanca, bajo el palio del crepúsculo cereza.

En la sala de estudiantes colgaban unas descoloridas reproducciones de una docena de escuelas de pintura, imágenes casi todas de mundos sin sentido. Halliday encontró, agrupados en el mismo cuarto, a los surrealistas Delvaux, Chirico y Ernst. Esos extraños paisajes, inspirados por sueños que los suyos no podían ya imitar, le hicieron sentir una profunda nostalgia. El Eco de Delvaux, principalmente, una junesca mujer desnuda que caminaba entre ruinas inmaculadas bajo un cielo de medianoche, le recordó su propia fantasía periódica. El anhelo infinito contenido en el cuadro, el tiempo sintético creado por las imágenes sucesivas de la mujer, eran partes de la noche invisible de Halliday. Encontró una vieja carpeta en el suelo, debajo de uno de los caballetes, y empezó a quitar las pinturas de los muros.

Mientras caminaba por el techo hacia la escalinata exterior, encima del auditorio, Halliday oyó una música que venía de abajo. Miró hacia las fachadas de los hoteles, cuyas paredes protectoras se levantaban en el aire del crepúsculo. Detrás de la Escuela de Bellas Artes, los chalets del barrio de estudiantes se agrupaban alrededor de dos piscinas secas.

Cuando llegó al auditorio, Halliday observó del otro lado de las puertas de cristal las hileras de asientos. En el centro de la primera fila había un hombre de traje blanco y lentes de sol, sentado de espaldas a Halliday. Era imposible saber si estaba realmente escuchando música; pero cuando terminó la grabación, tres o cuatro minutos más tarde, el hombre se puso de pie y subió al escenario. Apagó el estereógrafo y luego se adelantó a pasos largos hacia Halliday, mirándolo inquisitivamente a través de los lentes oscuros.

—Yo soy Mallory... el doctor Mallory —el hombre extendió una mano firme pero evasiva—. ¿Se hospeda aquí?

La pregunta parecía contener una comprensión completa de los motivos de Halliday. Halliday puso la carpeta en el suelo y se presentó:

—Estoy en el Oasis. Llegué esta noche.

Al darse cuenta de que la observación no tenía ningún sentido, lanzó una carcajada, pero Mallory lo miraba sonriendo.

—¿Esta noche? Sí, es posible. —Cuando Halliday levantó la muñeca descubriendo el viejo Rolex de veinticuatro horas, Mallory movió afirmativamente la cabeza, ajustándose los lentes oscuros, como si estuviese mirando a Halliday con más atención. —¿Todavía tiene uno? A propósito, ¿qué hora es?

Halliday echó un vistazo al Rolex. El Rolex era uno de los cuatro relojes que había traído consigo, sincronizados cuidadosamente con el reloj maestro de veinticuatro horas que aún funcionaba en el Observatorio de Greenwich, marcando las horas de un tiempo en que la Tierra giraba todavía en el cielo.

—Casi las siete y media. Está bien. ¿No es esto Columbine Sept Heures?

—Es cierto. Toda una coincidencia. Sin embargo, la línea del crepúsculo está avanzando; yo hubiese dicho que aquí era un poco más tarde. Pero no tiene importancia —Mallory bajó del escenario, desde donde la alta figura se había alzado sobre Halliday como una horca blanca—. Las siete y media, hora vieja... y nueva. Tendrá que quedarse en Columbine. No es común encontrar así las distintas dimensiones unidas —Mallory echó una mirada a la carpeta—. Usted para en el Oasis. ¿Por qué allí?

—Está vacío.

—Convincente. Pero aquí todo está vacío. Sin embargo, entiendo lo que usted quiere decir; yo mismo me quedé allí cuando llegué a Columbine. Hace mucho calor.

—Me mudaré al lado oscuro.

Mallory hizo una pequeña reverencia, como admitiendo la seriedad de Halliday. Se acercó al estereó-grafo y desconectó una batería de automóvil que había en el suelo, al lado. Puso el pesado aparato en una maleta grande de lona y le dio a Halliday una de las asas.

—Usted puede ayudarme. Tengo un pequeño generador en el chalet. Es difícil de recargar, pero las baterías buenas escasean cada vez más.

Cuando salían a la luz del sol, Halliday dijo:

—Puede usar la batería de mi coche.

Mallory se detuvo.

—Es usted muy amable, Halliday. Pero ¿está seguro de que no la va a necesitar? Hay más lugares que Columbine.

—Quizá. Pero suponga que hay aquí alimentos suficientes para todos nosotros. —Halliday hizo un ademán con el reloj de pulsera—. De cualquier modo el tiempo está bien. O los dos tiempos, supongo.

—Y los espacios que usted quiera, Halliday. No todos alrededor. ¿Por qué vino aquí?

—Todavía no lo sé. Vivía en Trondheim; allí no podía dormir. Si puedo dormir, tal vez pueda soñar.

Halliday empezó a explicar, pero Mallory levantó una mano pidiéndole silencio.

—¿Y por qué cree que estamos todos aquí, Halliday? Los sueños nacen en el África. Tiene que conocer a Leonora. Usted le gustará.

Pasaron junto a los chalets, con la primera piscina a la derecha. En la arena del fondo alguien había trazado una enorme figura zodiacal, decorada con caracoles y pedazos de baldosas. Se acercaron a la piscina siguiente. Una duna de arena había inundado un chalet, desparramándose en el estanque, pero habían despejado una pequeña zona de la terraza. Debajo de un toldo una joven estaba sentada en una silla de metal, frente a un caballete. Llevaba puestos una camisa de hombre y unos pantalones manchados de

pintura, pero la cara inteligente, de barbilla firme, parecía serena y alerta. Cuando el doctor Mallory y Halliday pusieron la batería en el suelo, la mujer alzó los ojos.

—Te he traído un alumno, Leonora —Mallory le indicó a Halliday que se acercara—. Está viviendo en el Oasis... del lado oscuro.

La joven invitó a Halliday a que se sentase en una silla reclinable, junto al caballete. Halliday apoyó la carpeta contra el respaldo.

—Son para mi cuarto del hotel —explicó—. Yo no soy pintor.

—Claro. ¿Puedo verlos?

Sin esperar la mujer empezó a hojear las reproducciones, asintiendo en silencio cada vez que pasaba una. Halliday echó una mirada al cuadro inconcluso que había en el caballete, un paisaje por el que cruzaban las figuras grotescas de una extraña procesión, arzobispos con fantásticas mitras. Observó a Mallory, quien asintió con una mueca.

—¿Interesante, Halliday?

—Por supuesto. ¿Y los sueños de usted, doctor? ¿Dónde los guarda?

Mallory no respondió; miró a Halliday, ocultando los ojos detrás de los lentes oscuros. Riendo brevemente,

y disipando la leve tensión entre los dos hombres, Leonora se sentó en la silla junto a Halliday.

—Richard no nos lo dirá, señor Halliday. Cuando conozcamos los sueños de Richard ya no necesitaremos más los nuestros.

Halliday se repetiría muchas veces esta observación en los meses siguientes. En muchos sentidos, la presencia de Mallory en el pueblo parecía ser la clave de los papeles que todos representaban allí. El médico de traje blanco, caminando silenciosamente por las calles cubiertas de arena, parecía el espectro del mediodía olvidado, y que renacía al anochecer para flotar como la música entre los hoteles vacíos. Hasta en aquel primer encuentro, cuando Halliday estaba sentado junto a Leonora haciendo unas pocas observaciones automáticas pero consciente sólo del roce de los hombros y las caderas de la mujer, tuvo la impresión de que Mallory, cualquiera que fuese la razón por la que se encontraba en Columbine, se había ajustado completamente al ambiguo mundo de la línea de crepúsculo. Para Mallory, Columbine Sept Heures y el desierto ya se habían vuelto parte de unos paisajes interiores que Halliday y Leonora Sully aún tenían que buscar en los cuadros.

Sin embargo, durante las primeras semanas en el pueblo junto al río seco, Halliday siguió pensando en Leonora y en quedarse en el hotel. Usando el Rolex de veinticuatro horas, todavía trataba de dormir a "medianoche", despertando (o, para ser más precisos, admitiendo la realidad del insomnio) siete horas después. Luego, al comenzar la "mañana", inspeccionaba los cuadros que colgaban de las paredes del séptimo piso, y salía al pueblo, a recorrer las cocinas y las despensas de los hoteles, en busca de

provisiones de agua y de alimentos en conserva. A esa hora —un intervalo arbitrario que él mismo imponía al paisaje neutral— le daba la espalda al cielo del este, evitando la noche oscura que llegaba del desierto atravesando el río seco. Hacia el oeste, bajo el calor continuo del sol, la arena centelleaba como la última aurora del mundo.

En esos momentos el doctor Mallory y Leonora parecían más cansados que nunca, como si sintieran aún el ritmo del antiguo día de veinticuatro horas. Ambos dormían en cualquier momento; muchas veces Halliday iba a visitar el chalet de Leonora y la encontraba durmiendo en la silla de lona junto a la piscina, con el velo blanco cubriéndole la cara, a la sombra de la pintura del caballete. Aquellos extraños dibujos, las imágenes de unos obispos y cardenales que se movían en procesión por paisajes ornamentales, eran la única actividad de Leonora.

Mallory desaparecía en cambio como un vampiro blanco dentro de la casa, y salía de algún modo renovado unas pocas horas después. Luego de las primeras semanas Halliday entabló buenas relaciones con Mallory, y los dos escuchaban cuartetos de Webern en el auditorio o jugaban al ajedrez cerca de Leonora, junto a la piscina vacía. Halliday trató de descubrir cómo habían llegado Leonora y Mallory al pueblo, pero ninguno de los dos le respondió. Se le ocurrió que habían llegado por separado al África varios años atrás, y que se habían estado mudando hacia el oeste, de pueblo en pueblo, a medida que el límite de la luz cruzaba el continente.

A veces Mallory se iba al desierto, a cumplir alguna imprecisa diligencia, y entonces Halliday veía a Leonora a solas. Caminaban juntos a lo largo del lecho seco del río, o bailaban al compás de unas grabaciones de cantos Masaí, en la biblioteca de antropología. Halliday no dependía más de Leonora sólo recordándose que había llegado al África no en busca de esta joven de pelo blanco y ojos amistosos, sino de la noctámbula lamia que llevaba en la mente. Como si se diera cuenta, Leonora se mantenía siempre apartada, sonriéndole a Halliday por encima de las extrañas pinturas del caballete.

Este agradable ménage á trois habría de durar tres meses. Durante ese tiempo la línea de crepúsculo avanzó otro kilómetro hacia Columbine Sept Heures, y al fin Mallory y Leonora decidieron mudarse a una pequeña refinería, a quince kilómetros al oeste. Halliday casi esperaba que Leonora se quedase en Columbine, pero la joven se fue con Mallory en el Peugeot. Sentada en el asiento trasero, Leonora esperó a que Mallory tocara el último cuarteto de Bartok en el auditorio antes de desconectar la batería y llevarla al coche.

Curiosamente, fue Mallory quien trató de persuadir a Halliday de que se fuese con ellos. A diferencia de Leonora, advertía en la relación que tenía con Halliday la presencia de elementos todavía indeterminados y se resistía a la separación.

—Halliday, le será difícil quedarse aquí. —Mallory señaló el palio de oscuridad que pendía como una ola inmensa sobre el pueblo, al otro lado del río. El color carmesí del oscuro crepúsculo había invadido ahora las paredes y las calles. —La noche se acerca. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—Claro que sí, doctor. Es precisamente lo que he estado esperando.

—Pero, Halliday... —Mallory buscó una frase. La figura alta, de ojos siempre ocultos detrás de los lentes oscuros, alzó la cabeza mirando a Halliday, al pie de los escalones

del hotel. —No es usted una lechuza, ni un condenado gato del desierto. Tiene que encontrar la solución a la luz del día.

Dándose por vencido, Mallory volvió al coche. Saludó a Halliday con la mano cuando arrancaban, dando marcha atrás contra una de las dunas y levantando una nube de polvo rosado, pero Halliday no le respondió. Miraba a Leonora Sully en el asiento trasero, entre los lienzos, los caballetes. Las extrañas pinturas eran como los ecos de los sueños de Halliday.

Cualesquiera que fuesen los sentimientos que le inspiraba Leonora, pronto los olvidó al descubrir un mes más tarde a otra hermosa vecina en Columbine Sept Heures.

A un kilómetro al noroeste de Columbine, del otro lado del río seco, había una mansión colonial abandonada, habitada en otro tiempo por los empresarios de la refinería, junto a la desembocadura del río. Sentado en el balcón del séptimo piso del Oasis Hotel, tratando de seguir la marcha imperceptible de la luz, mientras, alrededor, el mecánico tictac de los relojes antiguos contaban los minutos y las horas de aquellos días falsos, Halliday veía las paredes blancas de la casa, iluminadas brevemente por los reflejos de las tormentas de arena. Las terrazas estaban cubiertas de polvo, y las columnas del pórtico, junto a la piscina, habían caído en el estanque. Aunque sólo a cuatrocientos metros al este del hotel, el esqueleto vacío de la casa parecía estar ya envuelto en la noche cercana.

Un día, poco antes de irse a la cama, Halliday vio los faros delanteros de un coche que daba vueltas alrededor de la mansión. Los haces de luz mostraron una figura solitaria que caminaba lentamente de un lado a otro en la terraza. Halliday abandonó toda pretensión de dormir y subió al techo del hotel, diez pisos más arriba, y se echó en la cornisa. Un chófer descargaba maletas del coche. La figura de la terraza, una mujer alta vestida de negro, caminaba con los movimientos casuales e indecisos de alguien que apenas sabe lo que hace. Luego de unos pocos minutos, el chófer tomó a la mujer del brazo, como despertándola de alguna clase de sueño.

Halliday se quedó mirando desde el techo, esperando a que los dos personajes aparecieran de nuevo. Los movimientos extraños e hipnóticos de esta hermosa mujer —el pelo negro y la aureola pálida de la cara que flotaban como una linterna en la oscuridad lo habían convencido ya de que ella era la oscura lamia de todos los sueños olvidados— le recordaron a Halliday aquellos primeros paseos hacia el río, entre las dunas, tanteando por primera vez un territorio que ya había conocido en sueños.

Cuando bajó a la habitación, se recostó en el canapé floreado, rodeado por los paisajes de Delvaux y Ernst, y de pronto se quedó dormido. Entonces tuvo los primeros sueños verdaderos, de ruinas clásicas bajo un cielo de medianoche, donde se movían unas figuras iluminadas por la luna, en una ciudad de muertos.

Los sueños volvían cada vez que Halliday se dormía. Despertaba en el canapé, junto a la ventana-cuadro, con el suelo oscurecido del desierto sobre el alféizar, sintiendo que la frontera entre el mundo interior y el exterior se estaba disolviendo. Dos de los relojes, debajo del espejo de la repisa, ya se habían detenido.

Con la muerte de los relojes se libraría de todas las viejas ideas sobre el tiempo.

Al final de esa primera semana, Halliday descubrió que la mujer dormía a las mismas horas que él, saliendo a mirar el desierto en el momento en que Halliday se asomaba

al balcón. Aunque la figura solitaria de Halliday se distinguía muy claramente contra el cielo pálido, detrás del hotel, la mujer parecía no verlo. Halliday observó que el chófer llegaba al pueblo en el Mercedes blanco. Vestido con el oscuro uniforme, como una sombra borrosa, el hombre pasó por delante de las paredes descoloridas de la Escuela de Bellas Artes.

Halliday bajó a la calle y caminó hacia la oscuridad. Atravesó el río, un Rubicón seco que separaba el pasivo mundo de Columbine Sept Heures de la realidad de la noche próxima, y subió por la otra orilla, hasta más allá de los viejos coches destrozados y de los tambores de gasolina iluminados por la luz crepuscular. Cuando llegó cerca de la casa, la mujer paseaba por el jardín, entre las estatuas cubiertas de arena; los cristales se acumulaban sobre las caras de piedra como la condensación de inmensas zonas de tiempo.

Halliday titubeó junto a la muralla baja que rodeaba la casa, esperando a que la mujer mirase hacia allí. La cara pálida, la frente alta por encima de unos lentes oscuros, le recordaron de algún modo al doctor Mallory; una misma pantalla ocultaba una poderosa vida interior. La luz tenue persistía entre los planos angulares de las sienes de la mujer, mientras miraba hacia el pueblo, buscando al Mercedes.

Cuando Halliday llegó a la terraza, la mujer estaba sentada en una de las sillas; tenía las manos en los bolsillos del vestido de seda, de modo que sólo se le veía la cara, de gastada belleza; los lentes oscuros parecían separarla del mundo, como una noche interior.

Halliday se detuvo junto a la mesa, donde había un vaso, sin saber cómo presentarse.

—Estoy en el Oasis... en Columbine Sept Heures —comenzó a decir—. La vi desde el balcón.

Halliday señaló la distante torre del hotel; la fachada de color cereza se alzaba contra el aire cada vez más oscuro.

—¿Vecino? —la mujer asintió—. Gracias por venir a verme. Yo soy Gabrielle Szabo. ¿Hay muchos más?

—No... Se han ido. De todos modos había sólo dos, un médico y una pintora joven, Leonora Sully. A ella le gustaba el paisaje.

—Claro. ¿Y también habla un médico? —la mujer acababa de sacar las manos del vestido de seda, y ahora las tenía en el regazo, como dos palomas frágiles—. ¿Qué hacía aquí?

—Nada. —Halliday pensó en sentarse, pero la mujer no hizo ningún movimiento para ofrecerle la otra silla, como si esperara que Halliday desapareciese con la misma rapidez con que había llegado. —A veces me ayudaba en los sueños.

—¿Sueños? —la mujer volvió la cabeza hacia Halliday y la luz descubrió unas huellas ligeramente hundidas, encima de los ojos—. ¿Hay sueños en Columbine Sept Heures, señor... ?

—Halliday. Hay sueños ahora. La noche se acerca.



La mujer asintió, y levantó el rostro hacia el violeta del anochecer.

—La siento en la cara... como un sol negro. ¿Con qué sueña usted, señor Halliday?

A Halliday casi se le escapó la verdad, pero se encogió de hombros y dijo:

—De todo un poco. Una vieja ciudad en ruinas... poblada de monumentos clásicos. Al menos anoche soñé con esa ciudad —Halliday sonrió—. Todavía me quedan algunos de los viejos relojes. Los otros se han parado.

Del camino a lo largo del río subía un penacho de polvo amarillo. El Mercedes se acercaba velozmente.

—¿Ha estado en Leptis Magna, señor Halliday?

—¿El pueblo romano? Eso es en la costa, a ocho kilómetros de aquí. Si quiere la acompaño.

—Buena idea. El médico de que me habló, señor Halliday, ¿a dónde fue? Mi chófer... necesita tratamiento.

Halliday titubeó. Algo en la voz de la mujer parecía insinuar que podía perder de pronto todo interés en Halliday, muy fácilmente. Halliday no quiso rivalizar otra vez con Mallory y dijo:

—Creo que al norte, a la costa. Se iba del África. ¿Es urgente?

Antes que la mujer pudiese responder, Halliday sintió detrás, a pocos metros, la figura oscura del chófer, abotonada en el uniforme oscuro. Sólo un momento antes el coche había estado a cien metros de allí, en la carretera, y Halliday aceptó con un esfuerzo este salto cuántico en el tiempo. La cara menuda del chófer, de ojos penetrantes y boca apretada, lo miraba inexpresivamente.

—Gastón, este es el señor Halliday. Se está alojando en uno de los hoteles de Columbine Sept Heures. Tal vez podrías llevarlo en el coche hasta el paso del río.

Halliday iba a aceptar, pero el chófer no se movió. Halliday se estremeció sintiendo el aire frío del crepúsculo. Se inclinó saludando a Gabrielle Szabo y comenzó a alejarse. Cuando se detuvo, ya detrás del chófer, para recordarle a la mujer el viaje a Leptis Magna, oyó que ella decía:

—Gastón, estuvo un médico aquí.

Halliday miraba la casa desde el techo del Oasis Hotel, tratando de entender el significado de la ambigua frase de Gabrielle Szabo. La mujer estaba sentada ahora en la terraza, en la oscuridad, mientras el chófer hacía viajes de aprovisionamiento a Columbine y a las refinerías a lo largo del río. Una vez Halliday lo encontró en una esquina, cerca de la Escuela de Bellas Artes, pero el hombre simplemente saludó y siguió caminando con la lata de agua. Halliday postergó una próxima visita a la casa. Cualesquiera que fuesen los motivos por los que Gabrielle Szabo estaba allí, ella le había traído los sueños que él no había encontrado en Columbine Sept Heures ni en el largo viaje al sur. . . La presencia de la mujer, que movía alguna llave en la mente de

Halliday, era todo lo que él necesitaba. Dio cuerda a los relojes y descubrió que dormía ocho o nueve horas de esas supuestas noches.

Sin embargo, una semana después se encontró otra vez con que no podía dormir. Decidió visitar a su vecina y atravesó el río, hacia el crepúsculo que oscurecía cada vez más la arena. Cuando llegó a la casa, el Mercedes blanco salía por la carretera hacia la costa. Gabrielle Szabo iba en el asiento de atrás, al lado de la ventana abierta, y el viento oscuro le levantaba el pelo negro.

Halliday esperó cuando vio que el coche venía hacia él y aminoraba la velocidad. La cabeza de Gastón se inclinó hacia atrás, y los labios apretados dibujaron el nombre de Halliday. Suponiendo que el coche se iba a detener, Halliday saltó a la carretera.

—Gabrielle... Señorita Szabo...

La mujer se inclinó hacia adelante; el coche blanco aceleró y pasó esquivando a Halliday, lanzándole el polvo a los ojos mientras se alejaba llevándose el rostro enmascarado de Gabrielle Szabo.

Halliday volvió al hotel y subió al techo, pero el coche había desaparecido en la oscuridad del noroeste y la estela se apagaba en el crepúsculo. Bajó al cuarto y se puso a caminar entre los cuadros. Al último reloj casi se le había acabado la cuerda. Cuidadosamente les dio cuerda a todos, sintiéndose aliviado de algún modo ahora que estaba libre de Gabrielle Szabo y del oscuro sueño que ella había traído cruzando el desierto.

Cuando los relojes estuvieron otra vez en marcha, Halliday bajó al sótano. Durante diez minutos pasó de un coche a otro, de los Cadillacs a los Citroen, entrando y saliendo. Ninguno de los coches arrancaba, pero en el patio del taller encontró una motocicleta Honda, y luego de echar combustible en el tanque consiguió encender el motor. Salió de Columbine, y los ruidos del escape reverberaron en las paredes; pero a un kilómetro del pueblo, cuando se detuvo para ajustar el carburador, Columbine parecía haber estado abandonado durante años, y la presencia de Halliday no había dejado allí más huellas que las de su propia sombra.

Fue hacia el oeste, y la aurora subió a su encuentro. Los colores fueron aclarándose, y donde había estado la línea ambigua del crepúsculo aparecieron los perfiles nítidos de las dunas, en el horizonte, y las aisladas torres de agua, que se levantaban como faros de bienvenida.

La carretera desapareció al fin en el mar de arena y Halliday perdió el rumbo y continuó marchando a través del desierto. A un kilómetro hacia el oeste llegó a orillas de un viejo arroyo. Trató de bajar la cuesta, pero perdió el equilibrio y cayó de espaldas mientras la máquina saltaba golpeando las rocas. Halliday atravesó a pie el cauce del arroyo y subió por la otra orilla. Delante había una refinería abandonada, de puentes plateados y tanques que brillaban a la luz del amanecer, y más allá los techos blancos de las casas de los empleados.

Mientras caminaba entre las hileras de chalets, junto a las piscinas vacías que parecían cubrir toda el África, vio el Peugeot estacionado en uno de los portales. Leonora Sully estaba sentada delante del caballete, junto a un hombre alto, de traje blanco. Al principio Halliday no lo reconoció, aunque el hombre se levantó y le indicó que se acercase. El perfil de la cabeza y la frente alta le eran familiares a Halliday, pero los

ojos parecían no tener ninguna relación con el resto de la cara. Entonces reconoció al doctor Mallory, y se dio cuenta de que por primera vez lo veía sin los lentes oscuros.

—Halliday... mi querido amigo —Mallory caminó alrededor de la piscina vacía yendo al encuentro de Halliday, y acomodándose la bufanda sobre el cuello de la camisa—. Pensábamos que vendría un día... —Mallory se volvió hacia Leonora, que ahora le sonreía a Halliday—. La verdad es que ya empezábamos a preocuparnos, ¿verdad, Leonora?

—Halliday... —Leonora lo tomó por un brazo y lo hizo volverse hasta ponerlo de cara al río—. ¿Qué pasó...? ¡Está tan pálido!

—Ha estado durmiendo, Leonora. ¿No lo ves, querida? —Mallory miró a Halliday sonriendo—. Columbine Sept Heures está ahora detrás de la línea del crepúsculo. Halliday, usted tiene cara de alguien que sueña.

Halliday asintió.

—Es bueno salir de la oscuridad, Leonora. Los sueños no valían la pena.

Cuando Leonora apartó la vista, Halliday se volvió hacia Mallory. Los ojos del médico lo inquietaban. La piel blanca de las órbitas parecía aislarlos, como si estuviesen mirándolo desde una cara escondida. Algo le dijo que la falta de lentes de sol señalaba un cambio en Mallory, que aún no había entendido del todo.

Evitando los ojos de Mallory, Halliday señaló el caballete vacío.

—Leonora, no está pintando.

—No necesito hacerlo, Halliday. Sabe... —se volvió para tomar la mano de Mallory—. Ahora tenemos nuestros sueños. Nos llegan del desierto como pájaros enjoados ...

Halliday los miró a los dos, que estaban allí de pie, juntos. Luego Mallory se adelantó, los ojos blancos como espectros.

—Halliday, claro que nos alegramos de verlo... tal vez le gustaría quedarse aquí...

Halliday sacudió la cabeza.

—Vine por el coche —dijo, dominándose. Señaló el Peugeot—. ¿Puedo llevármelo?

—Claro que sí, mi amigo. Pero a dónde... —Mallory señaló el horizonte occidental, donde el sol ardía en un inmenso palio—. El oeste está en llamas.

Halliday echó a caminar hacia el coche.

—Me voy a la costa —por encima del hombro, continuó—: Gabrielle Szabo está allí.

Esta vez, mientras huía hacia la noche, Halliday pensaba en la casa blanca del otro lado del río, hundiéndose ahora en la última luz del desierto. Siguió la carretera que corría hacia el noroeste desde la refinería y cruzó el arroyo por un abandonado puente de barcas. La luz escasa del crepúsculo tocaba las agujas distantes de Columbine Sept Heures.

Las calles del pueblo estaban desiertas, y el viento había borrado todas las pisadas. Halliday subió al cuarto del hotel. La casa de Gabrielle Szabo se alzaba solitaria del otro lado del río. Sosteniendo uno de los relojes de caja dorada, donde las agujas giraban lentamente, Halliday vio cómo el chófer entraba con el Mercedes en la carretera. Un instante después apareció Gabrielle Szabo, un fantasma negro en el anochecer, y el coche salió velozmente hacia el noroeste.

Halliday caminó entre las pinturas del cuarto, mirando los paisajes a la luz débil. Juntó los relojes, los llevó al balcón, y los arrojó uno por uno a la terraza. Las caras destrozadas, blancas como los ojos de Mallory, lo miraban con las manecillas inmóviles.

A un kilómetro de Leptis Magna oyó el agua que bañaba las playas en la oscuridad, y el viento que venía del mar azotando los médanos a la luz de la luna. Las columnas derruidas de la ciudad romana se levantaban junto al único hotel de turismo, que ocultaba los últimos rayos del sol. Halliday detuvo el coche en la entrada de la ciudad, al lado del hotel, y se puso a caminar, dejando atrás los quioscos abandonados. Delante asomaban las altas galerías del foro, y en los pedestales, sobre la cabeza de Halliday, se erguían las estatuas reconstruidas de las deidades olímpicas.

Halliday trepó a uno de los arcos, y desde allí escudriñó las oscuras avenidas, buscando el Mercedes. No queriendo aventurarse en el centro de la ciudad, volvió al coche, entró luego en el hotel, y subió al techo.

Junto al mar, donde habían desenterrado el antiguo teatro, Halliday vio el rectángulo blanco del Mercedes estacionado en el farallón. Debajo del proscenio, en el semicírculo llano del escenario, la figura oscura de Gabrielle Szabo se movía de un lado a otro entre las sombras de las estatuas.

Mientras la miraba y pensaba en El Eco de Delvaux, la ninfa triplicada que camina desnuda entre los pabellones clásicos de una ciudad de medianoche, Halliday se preguntó si se habría quedado dormido sobre el tibio hormigón del techo. Nada parecía separar el mundo de los sueños del mundo de la ciudad antigua, y los luminosos fantasmas de la mente se movían con libertad entre el paisaje interior y el paisaje exterior, como si la mujer de ojos oscuros de la casa del río hubiera cruzado también las fronteras de la psique de Halliday, trayendo del tiempo un decisivo alivio.

Halliday dejó el hotel, siguió la calle que atravesaba la ciudad desierta, llegó al borde del anfiteatro y se quedó allí mirando el lugar. Gabrielle Szabo se acercó caminando por las calles antiguas, y la luz efímera que pasaba entre las columnas le iluminó el rostro pálido. Halliday bajó por los escalones de piedra sintiendo la mirada del chófer desde el muelle, junto al coche. La mujer caminaba hacia Halliday, meciendo lentamente las caderas.

Cuando llegó a tres metros de Halliday, Gabrielle Szabo se detuvo, tentando las sombras con la mano. Halliday se adelantó, dudando que ella pudiese verlo con los lentes de sol que aún llevaba puestos. Al oír el sonido de los pasos la mujer retrocedió, levantando los ojos hacia el chófer, pero Halliday le tomó las manos.

—Señorita Szabo. La vi caminando aquí.

La mujer retuvo las manos de Halliday con unos dedos repentinamente fuertes. Detrás de los lentes, la cara era una máscara blanca.

—Señor Halliday... —Gabrielle Szabo le palpó las muñecas, como aliviada de verlo—. Pensé que vendría. Dígame, ¿cuánto hace que está aquí?

—Semanas... o meses, no recuerdo. Soñaba con esta ciudad antes de venir al África. Señorita Szabo, la veía a usted a menudo paseando entre estas ruinas.

La mujer asintió, tomando a Halliday del brazo. Juntos se alejaron entre las columnas. Más allá de los pilares oscurecidos de la balaustrada estaba el mar, y las crestas blancas de las olas rodaban hacia la playa.

—Gabrielle... ¿por qué estás aquí? ¿Por qué viniste al África?

La mujer recogió con una mano el vestido de seda mientras bajaban por una escalera hacia la terraza. Se apoyaba fuertemente en Halliday, apretándole el brazo con los dedos, caminando tan tiesa que Halliday se preguntó si estaría ebria.

—¿Por qué? Quizá para ver los mismos sueños.

Halliday iba a hablar cuando oyó los pasos del chófer que bajaba detrás de ellos por la escalera. Miró alrededor, distrayéndose un momento del cuerpo ondulante de Gabrielle, y sintió el olor acre que salía de la abertura de una de las cloacas romanas, allá abajo. La boca de ladrillos de la alcantarilla se había desplomado, y las olas que llegaban de la playa cubrían parcialmente la cloaca.

Halliday se detuvo. Trató de señalar la cloaca, pero la mujer le apretaba la muñeca con dedos de acero.

—¡Allá abajo! ¿Los ves?

Retirando el brazo, Halliday señaló el agua de la alcantarilla, donde había media docena de figuras amontonadas, golpeadas por el mar y la arena húmeda, y que se reconocían como cadáveres sólo por los movimientos de los brazos y las piernas en el agua que entraba y salía.

—Por amor de Dios... ¿quiénes son, Gabrielle?

—Pobres diablos... —Gabrielle Szabo volvió la cabeza, mientras Halliday miraba la alcantarilla, tres metros más abajo—. La evacuación... hubo tumultos. Hace meses que están aquí.

Halliday se arrodilló, preguntándose cuánto tiempo tardaría el mar en llevarse los cadáveres. Nadie podía saber ahora si eran árabes o europeos. Los sueños en los que había visto a Leptis Magna no habían incluido a estos tristes habitantes de las cloacas. De pronto, Halliday gritó de nuevo:

—¿Meses? ¡No ése!

Señaló otra vez el cuerpo de un hombre de traje blanco, tendido junto al borde de la alcantarilla. La espuma y el agua le ocultaban las largas piernas, pero tenía el pecho y los brazos al descubierto. La bufanda de seda que Halliday había visto una vez en el cuello de Mallory, le atravesaba la cara.

—¡Mallory! —la figura oscura del chófer apareció en el farallón, siete metros más arriba, y Halliday se puso de pie. Se acercó a Gabrielle Szabo, que parecía mirar el mar—. ¡Es el doctor Mallory! ¡Vivió conmigo en Columbine Sept Heures! Cómo... ¡Gabrielle, tú sabías que Mallory estaba aquí!

Halliday la tomó de las manos, y la sacudió enfurecido, haciéndole saltar los lentes. Mientras la mujer se arrodillaba, buscándolos con desesperación, Halliday la sostuvo de los hombros.

—¡Gabrielle! Gabrielle, eres...

— ¡Halliday! —La cabeza gacha, la mujer tomó los dedos de Halliday y se los llevó a los ojos, apretándolos contra los párpados. —Mallory, él lo hizo... sabíamos que lo seguirías hasta aquí. Fue mi médico en otro tiempo, he esperado años...

Halliday apartó a la mujer, pisando los lentes de sol. Miró la figura de traje blanco que flotaba en las olas, preguntándose qué pesadilla se escondería detrás de la bufanda que cubría el rostro del cadáver, y echó a correr por la terraza, dejando atrás el auditorio, y siguió corriendo por las calles oscuras.

Cuando Halliday llegó al Peugeot, el chófer de traje negro estaba detrás, a no más de veinte metros. Halliday encendió el motor y giró en el polvo, alejándose. Alcanzó a ver en el espejo que el chófer se detenía y sacaba una pistola. El hombre disparó y la bala destrozó el parabrisas. Halliday dobló hacia uno de los quioscos, recuperó el dominio del coche y partió con la cabeza gacha; el viento frío de la noche le sopló en la cara unos fragmentos de vidrio escarchado.

A tres kilómetros de Leptis, no habiendo señales del Mercedes, Halliday se detuvo y sacó a golpes el parabrisas. Mientras seguía hacia el oeste, el aire se entibió y la aurora subió ante él con su promesa de luz y tiempo. [FIN]